

1. La conquista de California

LAS SERGAS DE ESPLANDIÁN, libro de caballerías de Garci Ordóñez de Montalvo, publicado en España en 1510, ubicaba una isla imaginaria llamada California a la derecha de Las Indias, junto a los linderos del Paraíso Terrenal. En dicho romance, la habitaban grifos y otros seres fabulosos, gobernados por amazonas azabaches. Cuando en 1533 Beltrán Nuño de Guzmán descubrió la península al oeste de México, los españoles creyeron que era isla, en un supuesto archipiélago al que bautizaron *Las Californias*. Su indefinido límite septentrional colindaba con Asia, lo demarcaba el mítico estrecho de Anián o lo cortaba la Nueva Albión de Drake, dependiendo del geógrafo. Con el tiempo, la península se llamó Baja y la provincia arriba, Alta California.

España comenzó a explorar la costa de Alta California en 1542, pero transcurrieron muchos años sin que intentara colonizarla. A la postre, temiendo que los rusos o los ingleses se apoderaran de la provincia, y necesitando puertos donde aparejar los galeones de Manila, los españoles ocuparon San Diego en 1769 y Monterey en 1770. Hasta entonces descubrieron la bahía de San Francisco, y enseguida fundaron el presidio y la misión en dicho punto cuando ya las trece colonias inglesas al otro extremo del continente habían declarado su independencia.

Los misioneros españoles del siglo xvi encontraron en Baja California aborígenes que vivían "como animales": sin siembros, ni viviendas, ni ropa. En las Californias habitaban numerosas tribus y se hablaban diversas lenguas, pero la población no llegaba a un ser humano por kilómetro cuadrado. Sólo los del valle del río Colorado conocían la agricultura, y los indios de Alta

California, pacíficos y dóciles, en general no opusieron resistencia a la ocupación por las fuerzas militares y eclesiásticas de España. Las fuerzas militares fueron pocas: apenas 380 soldados en la provincia entera en las postrimerías del siglo xviii. Las eclesiásticas, descollando Fray Junípero Serra, establecieron veintiuna misiones a lo largo del litoral, desde San Diego hasta Sonoma. Esas misiones fueron la sangre de la vida económica de Alta California. Las exportaciones de sebo y cueros de sus grandes hatos de ganado, sufragaban los gastos fiscales. Los sacerdotes, en su ministerio, ejercieron una meritoria labor educativa, comenzando así a salvar la brecha cultural entre el aborigen y el europeo.

Las misiones prosperaron y siguieron florecientes hasta la cuarta década del siglo xix. La de San Diego, por ejemplo, llegó a tener ocho grandes haciendas que cubrían cien kilómetros cuadrados de extensión. Todas las misiones estaban bien provistas de herramientas de carpintería, herrería y talabartería. Los terrenos aledaños a la iglesia se dedicaban a la agricultura y agroindustrias, produciendo abundantes vinos y brandis, aceite de oliva, sombreros, zapatos y otros artículos de cuero, mantas de lana y jabones. Al finalizar 1831, en los 62 años desde su arribo a Alta California, los frailes habían bautizado 88.873 neófitos, celebraron 24.692 matrimonios y asentaron 63.282 defunciones en los registros.

La independencia de México en 1821, seguida de la secularización de las misiones en 1834, puso fin a las labores de los frailes: en 1834 los legisladores en la capital mexicana entregaron a las autoridades militares y sus allegados el control de las fincas y fábricas de las misiones. Bajo la nueva administración, los indios huyeron en masa "hacia sus antiguos refugios en las montañas."¹ La población indígena de 30.000 bajó de súbito a 4.450. La ruina que ello produjo se lee con claridad en las estadísticas a secas suministradas a la prensa por el cónsul francés en Monterey, publicadas por el *San Francisco Herald* en 1853:

ESTADÍSTICAS DE LAS MISIONES DE ALTA CALIFORNIA²

	en 1834, bajo los frailes	en 1842, bajo el gobierno
Cabezas de ganado	424.000	28.320
Caballos	62.000	3.800
Ovejas, cabros y cerdos	321.500	31.600
Fanegas de granos	118.500	14.000

Fuera de las misiones, la vida social, económica y política de Alta California giraba alrededor de enormes estancias. A inicios de la guerra de Estados Unidos con México, 800 concesionarios poseían ocho millones de acres en fincas que en algunos casos parecían más bien reinos por el poder y las riquezas que conferían a sus dueños. Los lazos que ataban al indio a la tierra de sus padres lo hicieron siervo: el hacendado era dueño de la tierra y la tierra era dueña del indio. En la Alta California pastoral de 1845 había pocas escuelas y ningún periódico, ni hospital ni ciudad propiamente dicha. Su capital provinciana, Monterey, no sobrepasaba las 2.000 almas. Su mejor puerto, San Francisco, se llamaba Yerba Buena y albergaba menos de 300 personas. La población hispanoamericana en los mil kilómetros del litoral desde San Diego hacia arriba cifraba apenas en los 7.000 habitantes, denominados *californios*.

Todo cambió al romperse las hostilidades en 1846, con la subsiguiente avalancha de inmigrantes por mar y tierra que raudo lanzaron a la nueva Tierra Prometida hacia la vanguardia del mundo moderno. Pionero promi- nente del cambio fue un suizo, John Augustus Sutter, quien en 1838 obtuvo del gobierno mexicano una concesión de 49.000 acres en el valle del río Sacramento, comprometiéndose a construir y mantener un fuerte para defender la frontera. Dedicándose a comerciar con los indios por pieles,

Sutter no sólo construyó un fuerte sino también anexos con bodegas, tienda, alambique, molino, curtiembre, telar, herrería y otros talleres. El Fuerte de Sutter, llamado "Nueva Helvecia", pronto se convirtió en refugio de creciente número de cazadores de pieles, antiguos marineros y aventureros a granel, en su mayoría norteamericanos anglosajones. El próspero bastión de Sutter, aislado e independiente, y en especial la hospitalidad que el suizo les brindaba a los norteamericanos, inexorablemente lo puso en conflicto con los californios.

La animosidad entre los californios y los anglosajones se exacerbó en febrero de 1846 con el arribo del coronel John C. Frémont a la cabeza de 62 soldados del cuerpo de ingenieros topográficos del ejército de Estados Unidos. Frémont iba en ruta a Oregon, ostensiblemente a explorar el territorio, pero también llevaba instrucciones secretas para entrar en acción al romperse las hostilidades con México. La presencia de tropas norteamericanas en el Fuerte de Sutter alarmó al general José Castro, Comandante en Jefe de California, quien al frente de sus tropas en la misión de San Juan Bautista ordenó a Frémont que se marchara de inmediato o lo expelía por la fuerza. Frémont respondió airado: levantó defensas en los cerros que dominaban la misión, izó ahí "las Barras y Estrellas" y aguardó "el tiempo suficiente para que Castro lo atacara, pero cuando éste no lo hizo, se marchó por el valle del río Sacramento", reanudando su travesía hacia Oregon.³

El 9 de mayo, cuando acampaba junto al gran lago Klamath, lo alcanzó el teniente Archi H. Gillespie, mensajero expreso con órdenes de Washington, y Frémont presto dio vuelta atrás a cumplir su misión secreta. En la madrugada del 11 de junio tendió una emboscada a una patrulla mexicana y capturó 200 caballos que llevaban para el ejército de Castro. La guerra había comenzado. El 15 de junio tomó por sorpresa el cuartel de Sonoma y continuó hacia el *Río de los Americanos*, afluente del Sacramento, donde reclutó refuerzos de entre los inmigrantes anglosajones. De regreso en Sonoma, atacó y derrotó a un pelotón de setenta dragones, la vanguardia del ejército de Castro. El 4 de julio, setenta aniversario de la independencia de

Estados Unidos, Frémont arengó en Sonoma a sus compatriotas, exhortándolos a declarar la independencia de una quimérica "California Republic", lo que hicieron al instante, declarándole al mismo tiempo la guerra a los californios mexicanos. El episodio de Sonoma fue copia al carbón de la República de Texas. La bandera que pintaron, de oso pardo, franja y estrella, tiñendo con zumos de bayas un pedazo de manta, perdura hoy como pendón estatal de California. Pero la República del Oso Pardo nunca fue nación independiente, ya que el comodoro John Drake Sloat, de la escuadra norteamericana del Pacífico, izó las Barras y Estrellas sobre Monterey y se apoderó oficialmente de California en nombre de Estados Unidos el 7 de julio.

Frémont con sus topógrafos e inmigrantes formó un cuerpo de 150 jinetes, con los que cabalgó de Sonoma a Monterey. Ahí los embarcó en la corbeta de guerra *Cyane*, rumbo a San Diego. También Castro, al recibir la noticia de que Estados Unidos le había declarado la guerra a México, marchó hacia Santa Bárbara y de ahí a San Diego. Al desembarcar Frémont, Castro huyó al Colorado y luego a Sonora, buscando en vano levantar tropas para regresar a California. En agosto de 1846, los norteamericanos parecían en posesión firme de Alta California. Dejando pequeñas guarniciones en San Diego, Los Ángeles, la misión de San Luis Rey y Santa Bárbara, Frémont volvió a Monterey, a arreglar con el comodoro Stockton el nuevo gobierno de la provincia. En octubre visitó el Fuerte de Sutter y reclutó más tropas entre los inmigrantes que seguían llegando del este por las praderas.

Mientras tanto, el 22 de junio de 1846, el ejército del coronel Stephen Watts Kearny salió de Fort Leavenworth, en Kansas, rumbo al Pacífico.⁴ Iban 3.300 hombres bien armados, todos montados excepto dos compañías de infantería destinadas a proteger los flancos a la artillería en los desfiladeros. Los acompañaban 500 mormones, a fincarse en California. Kearny entró en Santa Fe, Nuevo México, el 18 de agosto, "triumfante y sin oposición". El 25 de septiembre reanudó la marcha con 300 dragones y dos obuses de montaña. El 6 de octubre se encontró con "Mr. Kit Carson al frente de 16 hombres,

rumbo a Washington con la correspondencia y los despachos expresos del comodoro Stockton y del coronel Frémont, informando que las fuerzas norteamericanas bajo su mando se habían ya apoderado de California; que la bandera norteamericana ondeaba en todos los puntos importantes del Territorio y que la provincia se había liberado del control mexicano para siempre: se acabó la guerra; se establecieron la paz y la concordia entre las gentes."⁵

En vista de dichos informes, Kearny devolvió 200 dragones a Santa Fe y prosiguió su marcha hacia el Gila con sólo 100 hombres. Pero las noticias de paz y concordia eran prematuras, pues en septiembre los californios se habían rebelado, desalojando a los invasores de San Diego, Santa Bárbara y Los Ángeles. El capitán William Mervine, de la fragata *Savannah*, desembarcó con 300 hombres en San Pedro, cerca de Los Ángeles, mas reembarcó a toda prisa el 8 de octubre tras un combate con 150 jinetes californios en el que sufrió una docena de bajas, sin infligir ninguna al enemigo. Los californios dominaban el sur de la provincia, de Santa Bárbara a San Diego, y Mervine no pudo obtener bestias para sus infantes de marina porque los nativos las arrearon todas a las montañas, fuera de su alcance. El Ejército del Oeste de Kearny se encontró con los californios en San Pascual, camino a San Diego, el 6 de diciembre. La víspera, los exploradores de su vanguardia detectaron el campo mexicano sin ser observados. Kearny atacó en la madrugada y derrotó a 160 californios mal armados pero "bien montados, siendo de los mejores jinetes del mundo".⁶ Los nueve muertos y diecinueve heridos de los invasores, tenían en sus cuerpos de dos a diez lanzasos cada uno; mas las lanzas y fusiles de los californios no competían con los rifles y revólveres norteamericanos.

Las últimas batallas se libraron el 8 y 9 de enero de 1847 cerca de Los Ángeles. En las alturas que dominan el cruce del río San Gabriel y en las praderas de la Mesa, 500 norteamericanos, contando en sus filas marineros e infantes de marina, apoyados por artillería, derrotaron a 600 jinetes

californios. Además de sus fusiles y lanzas, éstos ahí perdieron los cuatro cañones que tenían. Para entonces, Frémont convergía desde el norte sobre Los Ángeles con un nuevo regimiento de 400 hombres reclutados de entre los emigrantes en el valle del Sacramento. Los californios capitularon en el rancho Cowanga el 13 de enero de 1847, terminando así la resistencia organizada. El batallón de mormones del ejército de Kearny, rezagado en el camino con sus pesadas carretas entoldadas, a la postre arribó a la costa del Pacífico, se hizo cargo de guarnicionar San Diego y Los Ángeles, y Frémont licenció a sus voluntarios.

Otro regimiento iba aún rumbo a California, organizado el verano anterior en Nueva York bajo el mando del teniente coronel Jonathan D. Stevenson. Se enrolaron más de 800 voluntarios, a sabiendas de que serían licenciados donde se encontraran al terminar la guerra y que no recibirían pasaje de regreso a Nueva York. Entre los soldados rasos iban abogados, médicos, comerciantes, artistas, tipógrafos, artesanos de toda clase, "y unos cuantos vagos". La inmensa mayoría iba en pos de aventuras, y no pocos en pos de una nueva vida en el lejano Pacífico, buscando enterrar el pasado. Tras recibir entrenamiento militar básico durante varias semanas en Governor's Island, el regimiento de Stevenson zarpó de Nueva York en tres cargueros escoltados por una corbeta, vía Cabo de Hornos. A última hora, el 26 de septiembre de 1846, el Coronel dio orden de levar anclas a toda prisa, dejando un centenar de reclutas varados en tierra, pues las autoridades se aprestaban a cumplir un mandato judicial prohibiendo su partida.

El regimiento de Stevenson arribó a San Francisco en marzo de 1847, cuando ya los californios habían capitulado. Los recién llegados pasaron a reforzar las diversas guarniciones. Dos compañías, comandadas por el coronel H.S. Burton, fueron enviadas a posesionarse de Baja California. La península, de 1.200 kilómetros de largo y entre 50 y 250 de ancho, tenía entonces diez mil habitantes: menos de uno por cada diez kilómetros cuadrados de superficie. San José del Cabo con 1.100 habitantes y la capital, La Paz, con 600,

eran sus ciudades principales. En la península entera sólo quedaban 200 indios, diezmados por las epidemias desde antes de que la secularización de las misiones los espantara y esparciera.

A fines de julio de 1847, el coronel H.S. Burton desembarcó en La Paz con cien voluntarios neoyorquinos y dos piezas de artillería. Se apoderó de la capital sin disparar un tiro. Veinte infantes de marina ocuparon San José, en el extremo sur de Baja. Tropas mexicanas de Sonora cruzaron el golfo y desembarcaron en Mulegé, pequeño puerto a mitad de la península. A finales de septiembre libraron su primera escaramuza con 80 soldados norteamericanos que bajaron a tierra del barco de guerra *Dale*. Las tropas de Sonora, al mando del capitán Manuel Pineda, luego avanzaron a San Antonio, sumando refuerzos en el camino, y ahí organizaron una Junta Territorial y lanzaron proclamas patrióticas. El 16 de noviembre, 300 jinetes mexicanos armados de fusiles y de un cañoncito con balas de cuatro libras, y 60 indios sonorenses con arcos y flechas, marcharon sobre La Paz. Los cien neoyorquinos parapetados tras pacas de algodón y sobre los techos de las casas, con fuego nutrido de rifles y un par de cañones, los rechazaron. Y de nuevo los rechazaron el 27 y 28 de noviembre. Pocos días antes, los veinte infantes de marina en San José, lanzando andanadas de cañonazos de nueve libras, repelieron a 150 mexicanos que dejaron entre sus muertos, tendido en el campo, a su líder Antonio Mejares. Los invasores en San José y La Paz recibieron refuerzos de los barcos de guerra *Cyane* y *Southampton* en diciembre de 1847 y a comienzos de 1848, y enseguida contraatacaron. El 17 de febrero ocuparon San Antonio y el 25 de marzo Todos Santos, donde, según informaron, "el enemigo sufrió diez muertos y le capturamos 50 caballos ... tomamos como cien prisioneros y gran cantidad de armas".⁷

Para finales de marzo, los norteamericanos habían puesto fuera de combate y dispersado todas las tropas mexicanas en la península. El capitán Pineda, herido, se rindió. Don Mauricio Castro, Jefe Político de Baja California y su cuerpo entero de subalternos cayeron prisioneros. Así, la

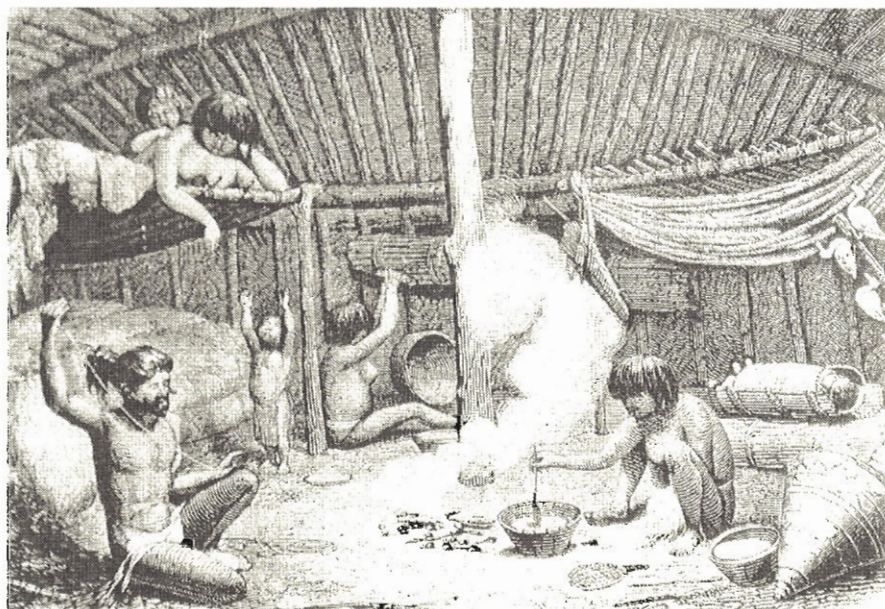
conquista de la península se consumó después de que el tratado de Guadalupe Hidalgo había puesto fin a la guerra el 2 de febrero de 1848. Las tropas norteamericanas continuaron ocupando Baja California durante varios meses, hasta que en el verano se la devolvieron a México conforme los términos del tratado de paz. La devolución oficial se efectuó el 31 de agosto de 1848 a las dos de la tarde. Poco antes, "veintitrés de los más honorables y honestos ciudadanos de Baja" se reunieron en La Paz y firmaron una petición de anexión a los Estados Unidos. Ni el comodoro ni el coronel norteamericanos podían otorgar la anexión, pero al abandonar la península la flota norteamericana evacuó de La Paz y de San José del Cabo unos 250 ciudadanos mexicanos que habían colaborado con las fuerzas de ocupación durante la guerra, "por lo cual ante sus compatriotas habían claramente perdido el derecho a vida y hacienda, y muchos sin duda habrían perecido si se han quedado".⁸ Los refugiados, hombres, mujeres y niños, fueron evacuados a Monterey, Alta California. Citando siempre al comodoro Thomas Ap. Catesby Jones, que llevó a cabo la operación:

Entre estos desdichados californianos, obligados a abandonar sus hogares y las tumbas de sus padres, se encuentran el anterior Gobernador de Baja California [don Francisco Palacios de Miranda], el cura de la diócesis [padre Ignacio Ramírez de Arellano] y las principales autoridades civiles de dicho departamento, inclusive un antiguo diputado en el Congreso de la República Mexicana.⁹

Al arribar los exiliados en Monterey, en octubre de 1848, Alta California experimentaba ya la transformación inaudita desatada por la ocupación norteamericana y la fiebre del oro.

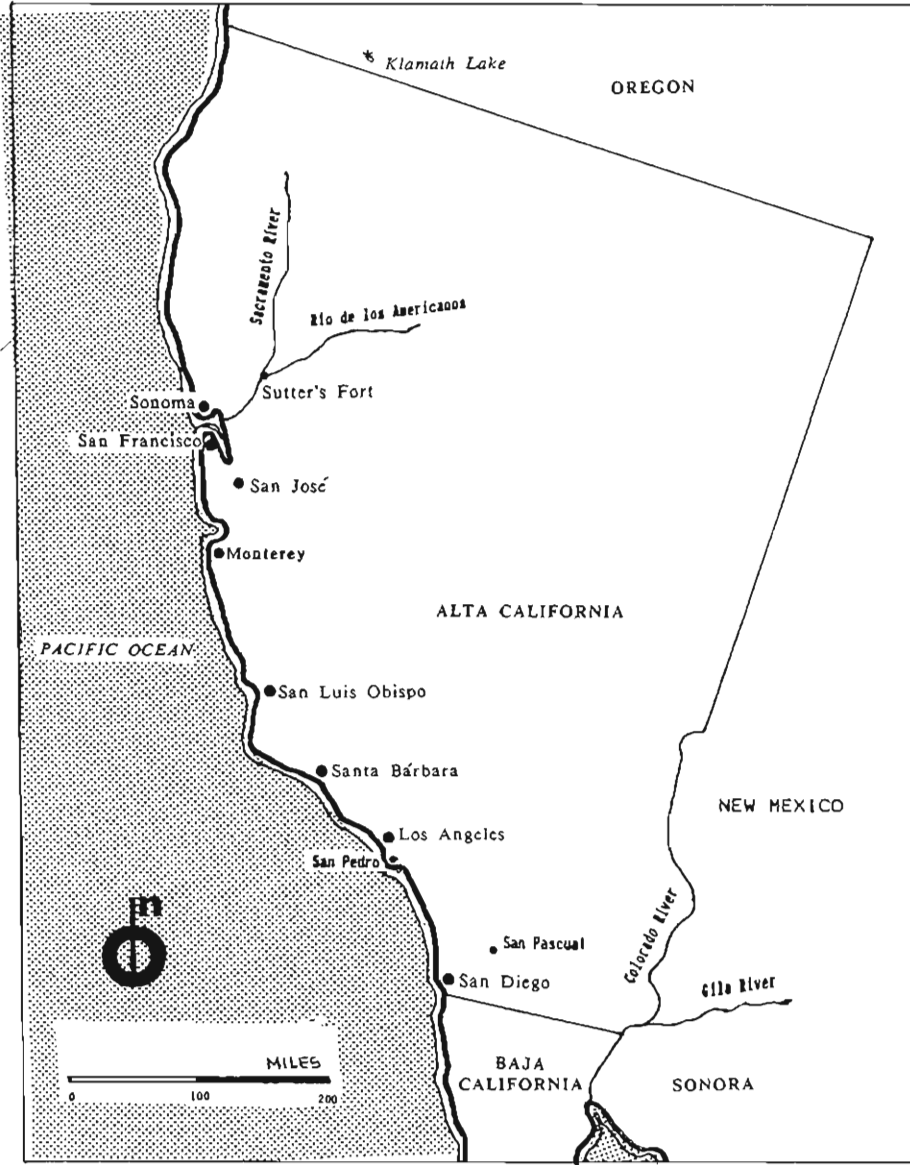


MAPA DEL SIGLO XVIII
EN EL QUE CALIFORNIA ERA UNA ISLA



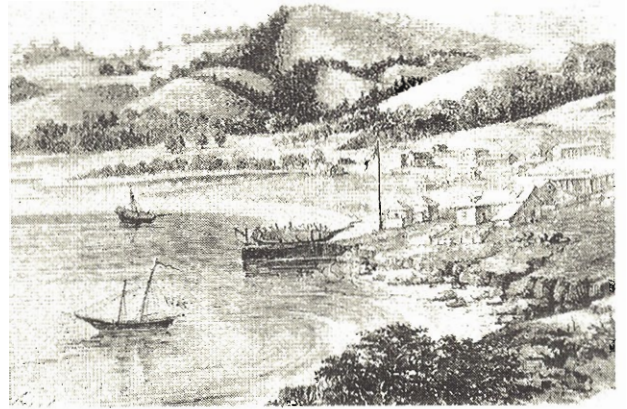
INDIOS DE ALTA CALIFORNIA

Se permite la reproducción sólo para estudios académicos sin fines de lucro, y citando la fuente - FEB

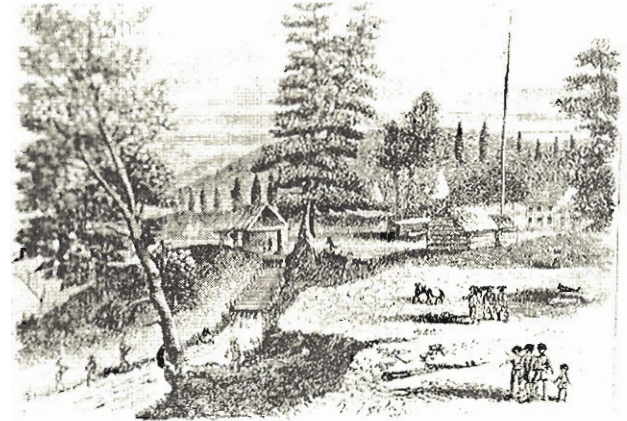


ALTA CALIFORNIA

MONTEREY, CAPITAL DE
ALTA CALIFORNIA



EL "FUERTE" SUTTER

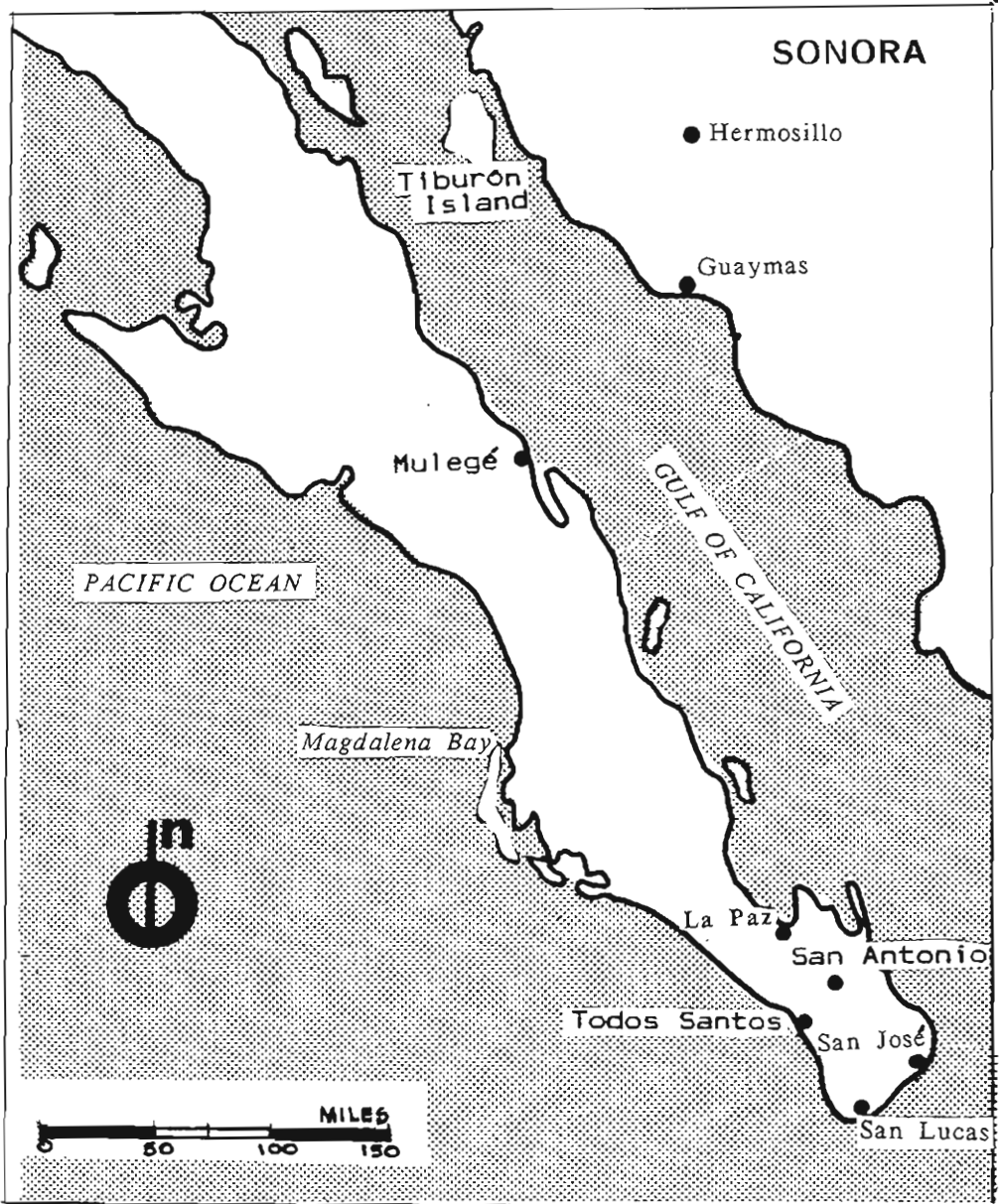


LA MISIÓN DE SAN DIEGO



Se permite la reproducción sólo para estudios académicos sin fines de lucro, y citando la fuente - FEB

Se permite la reproducción sólo para estudios académicos sin fines de lucro, y citando la fuente - FEB



BAJA CALIFORNIA